

ALGUNAS TRADUCTORAS DE UNAMUNO. REFLEXIONES SORORALES

SOME OF UNAMUNO'S FEMALE TRANSLATORS: SORORAL REFLECTIONS

Leslie J. HARKEMA
Baylor University
Leslie_Harkema@baylor.edu

Un renovado interés por la relación entre Unamuno y el sexo femenino se refleja en el reciente documental *Bajo pluma de mujer* (2021) y la exposición que lo acompaña, organizada por Maribel Rodríguez Fidalgo y Adriana Paíno Ambrosio¹. La exposición, centrada en las cartas enviadas por mujeres al rector de la Universidad de Salamanca y conservadas en el archivo de la Casa-Museo Unamuno, presenta algunas de las muchas cartas que Unamuno recibió de mujeres que se dirigían al escritor como colegas, compatriotas o admiradoras, para consultar su opinión, pedirle un escrito, comentar un asunto del día o solicitar un autógrafo en una postal. Ya en su estudio *Unamuno y las mujeres* (2008), Paloma Castañeda tomaba nota del gran número de miembros del sexo femenino que se cartearon con el pensador durante su vida, destacando los diferentes grados de amistad y aprecio mutuo que existían entre el escritor y estas correspondientes. Aquí me propongo reflexionar sobre algunas mujeres que no solo *escribían a*, sino que también quisieron *reescribir* a don Miguel en lenguas extranjeras. Es decir, sus traductoras.

El concepto de reescritura que empleo aquí lo tomo del teórico André Lefevere (1992), quien arguye que diversas formas de mediación textual y cultural –no solo la traducción, sino también la edición y la compilación de antologías– influyen decisivamente en el legado de un escritor. Al señalar que cada reescritura constituye una intervención en la recepción e interpretación de la obra de un autor, Lefevere adscribe a los traductores, editores y antólogos una agencia que

resulta de suma importancia para una consideración del caso de las mujeres que se dedican a estos trabajos menos visibles en la historia de la literatura. Como señala la teoría feminista de la traducción, las traductoras sufren una doble invisibilización, por ser mujeres de letras en un ámbito dominado por hombres, por una parte, y, por otra, llevar a cabo una actividad literaria considerada secundaria o de «mera» reproducción². En el caso de Unamuno, se ha estudiado y comentado el papel de algunos de los traductores masculinos en la disseminación de su obra e imagen (Orringer, 1986; Guy, 1997), así como las relaciones de amistad que el escritor desarrolló con ellos (García Blanco, 1957). Se ha dicho mucho menos, en cambio, del rol de las mujeres como mediadoras de su obra.

No obstante, la realidad es que varias mujeres han traducido y «reescrito» a Unamuno. Durante su vida, muchas de ellas le escribieron con el deseo de publicar sus traducciones y así presentar su obra a un público nuevo. Algunas pudieron realizar este afán, llegando incluso a ser amigas de don Miguel. Otras lograron contribuir a la difusión internacional de su obra después de su muerte. Otras muchas traducciones se perdieron o nunca se hicieron, por razones diversas. Aquí sostengo que recuperar sus historias puede entenderse como un acto de sororidad, utilizando una palabra acuñada por el mismo Unamuno en el prólogo a *La tía Tula* (1920):

[A]sí como tenemos la palabra *paternal* y *paternidad* que derivan de *pater*, padre, y *maternal* y *maternidad*, de *mater*, madre, y no es lo mismo, ni mucho menos, lo paternal y lo maternal, ni la paternidad y la maternidad, es extraño que junto a *fraternal* y *fraternidad*, de *frater*, hermano, no tengamos *sororal* y *sororidad*, de *soror*, hermana. [...] Se nos dirá que la *sororidad* equivaldría a la *fraternidad*, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el de hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades. (Unamuno, 2006: 68).

El concepto de *sororidad* resulta ser de mucha utilidad especialmente para el estudio de las escritoras y traductoras de principios del siglo pasado. Como señala Dolores Romero López, este término cobra «una dimensión que va más allá del apoyo de una mujer a otra» en el contexto de la historiografía feminista contemporánea, denotando también «el rescate de las [historias de las] mujeres en su conjunto para poner en valor su dimensión intelectual, social y cultural» (Romero López, 2022: 24). Así, la sororidad enmarca un acercamiento crítico que estudia y pone de manifiesto la labor intelectual que han llevado a cabo las mujeres en el pasado y hasta el presente. Se trata de visibilizar el trabajo de mujeres que, especialmente a principios del siglo XX, solían ocupar un espacio marginal en el mundo de las letras y, muchas veces por ello, se dedicaron a tareas consideradas secundarias, de reescritura y mediación literaria y cultural. Mujeres que, de alguna forma, pueden recordar a la misma tía Tula, esa «comadrona de nacimiento» que se entrega voluntariosa y apasionadamente a la crianza de hijos que no son suyos (Unamuno, 2006: 89).

Hablar de las traductoras de Unamuno es, por lo tanto, un acto sororal, pues se trata de recuperar su memoria y destacar el valor de su obra de mediación, en

contra del olvido, el silencio y, a veces, el tono paternalista con el que han sido tratadas por los críticos masculinos. Leer las cartas que Unamuno recibía de mujeres que le traducían o aspiraban a traducirle también nos ayuda a hacernos una idea de la situación de la mujer escritora o mujer de letras –esa figura calumniada y tildada de «letraherida» en el discurso crítico decimonónico (Fernández y Ortega, 2008)– de principios del siglo XX. En lo que sigue, partiré del *corpus* de las cartas conservadas en el archivo de la Casa-Museo Unamuno para considerar a estas mujeres «en su conjunto», como dice Romero López, aunque sin pretender abordar las situaciones de todas. Examinaré primero los desencuentros: cartas que Unamuno nunca contesta, contactos que se pierden y traducciones que nunca llegan a publicarse. Luego destacaré a dos traductoras –francesas ambas– que lograron publicar múltiples traducciones de la obra de Unamuno, además de desarrollar relaciones de amistad con el traducido. Por último, comentaré el papel que desempeñaron dos «reescriptoras» norteamericanas en la difusión de la obra e imagen de Unamuno en los Estados Unidos después de su muerte.

1. LOS DESENCUENTROS

Las cartas de traductoras conservadas en el archivo de la Casa-Museo Unamuno proceden de numerosos países: Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Rumanía, Estados Unidos e incluso China, en un caso³. Datan de los años 20 y 30 del siglo XX, época en que la fama internacional de Unamuno aumentaba, particularmente a raíz de su exilio durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1924-1930). También son los años de la primera ola del feminismo en Occidente, la aparición de la «nueva mujer» y un aumento en el número de mujeres que trabajaban fuera de casa o asistían a la universidad. Las cartas las escriben estudiantes, periodistas, profesoras, lectoras, madres. Muchas incluyen una mención o a veces una recomendación manuscrita de un mentor masculino que avala la solicitud. Este es el caso de Ruth E. Garwood, estudiante de doctorado en la Universidad de Wisconsin, Madison, quien se dirige a Unamuno en 1933 con la propuesta de traducir varios textos breves (la mayoría de *Andanzas y visiones españolas*) al inglés e incluirlos en un libro que prepara sobre su obra. Al final de la carta se encuentra una nota de su profesor en Wisconsin, Antonio García de Solalinde:

Querido D. Miguel: Le agradecería atendiese la petición que Miss Garwood le hace. No he visto sus traducciones, pero sé que conoce bien nuestra lengua y que puede dar una justa interpretación a las páginas de usted.

Tengo deseos de ir a España para saludarle, pero con la crisis de este país [la Gran Depresión] todo plan de viaje ha de posponerse. (CMU, 20/118).

Filólogo y medievalista nacido en Zamora, Solalinde había formado parte del entorno de la Residencia de Estudiantes y el Centro de Estudios Históricos en Madrid durante las primeras décadas del siglo (Ortega, 1937). Llegó a Estados Unidos en 1922, uno de los muchos españoles que desarrollaron carreras dedicadas al estudio y enseñanza de lengua y literatura hispánica en el país

norteamericano antes y después de la Guerra Civil –entre ellos Federico de Onís y Pedro Salinas, de los que se hablará más adelante–. Aunque Garwood no parece haber publicado su libro ni las traducciones, su carta da testimonio del interés por la obra de Unamuno despertado en varias mujeres jóvenes norteamericanas por profesores españoles en la diáspora.

Otra carta que refleja la expansión internacional del hispanismo a principios del siglo pasado es la de Gratiana Oniciu, estudiante de la Universidad de Bucarest y futura esposa del poeta andaluz Miguel Pizarro Zambrano, a quien conoció cuando este vino a dicha universidad para impartir clases de literatura española⁴. Oniciu y Pizarro también se mudarían a los Estados Unidos después de la Guerra Civil, pero esta carta de Gratiana a Unamuno data de junio de 1936 y fue enviada desde la capital rumana. En ella Oniciu recuerda haber visto y escuchado a Unamuno dos años antes en la Universidad de Verano en Santander, y le demuestra su erudición: habla de religión, de literatura y de la recepción de su obra en la academia rumana. Después, le pide permiso para traducir *Tres novelas ejemplares y un prólogo* –proyecto que, por lo visto, nunca llegó a realizar–. Aunque cita nombres de profesores e intelectuales compatriotas suyos, Oniciu en ningún momento menciona su conexión personal con las letras españolas a través de Pizarro.

Como las misivas de Garwood y Oniciu, la mayoría de las cartas de traductoras nunca llevaron a traducciones publicadas de obras de Unamuno. En muchos casos, las traductoras potenciales ni reciben respuesta del escritor, a veces porque él ya tenía una relación con un traductor o traductora en la lengua en cuestión, o porque le ocupaban otros asuntos de más urgencia. Sin embargo, algunas sí parecen haberle despertado interés. Un ejemplo es la primera carta que recibe de Anita Bartle, antóloga y traductora británica que había ganado fama en Inglaterra a principios del siglo al editar una columna en el periódico *The Daily Chronicle* titulada «This Is My Birthday» («Hoy es mi cumpleaños»), que compilaba breves textos de personas famosas organizados según su día de nacimiento. Bartle era una mujer letrada que había pasado su niñez en Valencia, donde adquirió el español y el valenciano. Esto lo explica en su carta, que está fechada el 28 de junio de 1925, época en que Unamuno se encontraba exiliado en París. Al comienzo de la carta, escrita en renglones cortos y espaciados que le dan cierto dramatismo, la escritora le expresa su deseo de traducir *La tía Tula* al inglés:

Muy señor mío
Tengo tan gran anhelo de traducir su novela
«La tía Tula»
al inglés; que me dirijo a su cortesanía
para que me conceda la gracia de su
permiso, así que yo pueda alcanzar
este mi deseo.
He leído su terrible
«Abel Sánchez» y
su desesperante «Niebla»
(a mí me enloquecía, y a ese finis

tan final, me puse de lo más
rabiosa con Ud!)
pero aunque obras de genio, que me
gustan en Español, no me parecen del caso para el
Inglés, al menos hasta que
«La tía Tula»
haya adquirido gran éxito en este idioma. (CMU 6, 18).

Bartle se muestra una lectora activa de la creación unamuniana, y tal vez la lectora ideal de *Niebla*, ya que se lanza enérgicamente a defender a Augusto Pérez frente al abuso de su autor (confundiendo al Unamuno que escribe con el Unamuno ficcionalizado del libro). Parece que esto le hizo gracia al escritor, pues la segunda misiva que Bartle envía (son cuatro en total) da a entender que Unamuno le ha concedido su permiso para traducir *La tía Tula* y también *Niebla*. Además, parece que el escritor le ha preguntado sobre su enfado con el final de esta última novela, ya que Bartle va explicándole el gran afecto que llegó a sentir por el protagonista. También le confiesa que teme traicionar al personaje si contribuye con su traducción a la expansión del alcance de la novela (*traduttrice, traditrice*):

Sí quiero traducirla [la novela], aunque me duele darle ese gusto a Ud., el brutal autor, pues parece traición al pobre héroe a quien yo quería por la gran compasión que me proporcionaba, me resulta peor que destaparle las piernas falsas a un héroe, un luchador valiente, exponiéndolas a las risas vulgares y groseras, del vulgo! Peor que arremangarles las vestiduras a las imágenes que son solo cabeza puesto sobre palos) [*sic*] Pero Señor! Ud. no ha dejado a esa alma en pena, ni cuerpo de maniquí de artista siquiera, esto me parece un crimen!

A pesar de sus temores sobre las posibles traiciones que pueda perpetuar su traducción, Bartle dice en esta segunda carta, de julio de 1925, que ha escrito a la editorial de Alfred A. Knopf para anunciar su proyecto de traducir las dos novelas. En las siguientes cartas, va transmitiéndole a Unamuno las respuestas que recibe del editor, pero no recibe más respuestas del escritor español. Este se mudó de París a Hendaya al final de ese verano de 1925, pero parece que Bartle no tuvo noticias de su traslado. Las cartas tercera y cuarta reflejan su frustración, al pedirle repetida e infructuosamente al escritor que le remita copias de las novelas. También le revela algo de su situación personal:

Si Ud. no se interesa en ayudarme, no tendré más remedio que empezar a traducir a otro autor, pues mi pobreza no me deja estar parada. Mi marido ya de años ha estado viviendo con otra mujer, y yo he tenido que educar a mis hijos. Ahora me manda 30/- semnalmente [*sic*], ya puede figurarse cómo lo paso!

En la última carta, del 27 de julio de 1927, Bartle cuenta que, pese al silencio y la aparente falta de interés por parte de Unamuno, ella ha conseguido hacerse con una copia de *Niebla* y ha terminado la traducción. No obstante, sin recibir la aprobación del autor original no puede enviar el manuscrito al editor de Knopf, quien especifica (en una carta que ella copia e incluye con la suya) que está

dispuesto a leer las traducciones «provided always that you have the author's definite authorization to translate, and that you can obtain for us the definite and exclusive right to arrange for publication» («siempre y cuando tenga Ud. la autorización confirmada del autor para traducir las obras, y que pueda obtener para nosotros los derechos indiscutidos y exclusivos para gestionar la publicación»).

El epistolario de Unamuno revela que, para el verano de 1927, Bartle ya no tenía la autorización indiscutida del escritor para traducir sus novelas (si es que alguna vez la tuvo). Varios meses después de contestar la primera carta de Anita Bartle, el exiliado había entrado en contacto con el hombre que, finalmente, publicaría la primera traducción de *Niebla* en lengua inglesa. Un profesor de filosofía en la Universidad de Princeton que se llamaba Warner Fite le había escrito a Unamuno en el otoño de 1925, aunque su carta no le llegó al desterrado en Hendaya hasta la primavera de 1926. Una vez conectados, sin embargo, los dos hombres forjarían una buena amistad epistolar⁵. Fite le mandó un ejemplar de su libro *Moral Philosophy* y Unamuno lo estudió con interés, llegando a decirle a su interlocutor en una carta del 24 de febrero de 1927: «Leyéndole he con-geniado con usted» (Unamuno, 1956: 88). La correspondencia entre los dos hombres incluye varias reflexiones sobre la tarea de traducir, mientras también da cuenta de la preparación por parte de Fite de la traducción de *Niebla*. La traducción, que recibió el título de *Mist* en inglés, salió publicada por la misma editorial Knopf en 1928. En lo que se conserva de estos intercambios escritos entre Fite y Unamuno, sin embargo, no se hace ninguna mención de Bartle, la mujer que –según parece– podía haber sido la autora de la primera traducción inglesa de la novela.

Otro desencuentro se percibe en las cartas de la traductora alemana Inés E. Manz. Esta mujer se dirige a Unamuno tres veces entre 1929 y 1930, precisamente por la época en que llega a su fin la dictadura de Primo de Rivera y, con ella, el exilio que Unamuno había iniciado en 1924. En la primera carta que le escribe, del 29 de noviembre de 1929, Manz cuenta que ha coincidido con el intelectual desterrado en la estación de tren de Hendaya, pero no ha podido saludarle debido a su repentina salida. Le pide permiso para traducir «algo de lo mucho sugestivo que tiene V. escrito» y darlo a conocer en un periódico de Múnich. Expresa predilección por una obra en particular: *La venda*. En la siguiente carta, de 15 julio de 1930, Manz le anuncia a Unamuno que ya ha podido traducir esta obra dramática, pues ha entrado en contacto con la editorial Meyer & Jensen, que tiene los derechos exclusivos de la publicación de sus obras en alemán. Manz dice que el «Sr. Auerbach» –se refiere a Heinrich Auerbach, el director de la editorial– le ha permitido traducir y publicar *La venda* en un periódico, y que ha tenido mucho éxito. Añade al final de la carta: «Me sería tan dichoso poder contribuir a la expansión de lo mucho bueno desconocido que hay de V.». No recibe respuesta. En su última carta, escrita desde Madrid durante un viaje en España en septiembre, Manz anuncia que *La venda* se difundirá por la radio el próximo invierno⁶. Expresa su gran decepción al no recibir ninguna respuesta de Unamuno, aunque insiste: «Sigo siendo su devota admiradora». Al final de la carta le advierte a Unamuno que tiene algunas dudas acerca de la editorial Meyer & Jessen:

«Confianzudamente he de decirle que siento que no sea de más importancia y medios la casa que presenta a V. en Alemania».

Hay razones para pensar que Unamuno también lo sentía. Según Shirley King, en una tesis doctoral que examina la recepción de Unamuno en Alemania, el escritor tenía una relación algo conflictiva con la editorial y con Auerbach en particular (a diferencia de su relación más íntima y «humana» con el traductor Otto Buek, quien mostró solidaridad con el intelectual exiliado) (King, 1990: 145). La correspondencia conservada entre Unamuno y Auerbach termina en 1927, aunque la editorial siguió representándole hasta 1932. Es lícito pensar que la mención de Auerbach por parte de Manz, junto con la relación más cordial y preexistente entre Unamuno y Buek, explica el silencio del escritor ante las misivas de esta mujer.

A diferencia de Manz, la traductora francesa J. P. Patart tenía buenas conexiones con el círculo de editores y escritores que se ocupaban de la difusión de la obra de Unamuno en su país. Fueron otros los obstáculos que dificultaron su proyecto de traducir al autor español. Cuando Patart le escribe por primera vez, a finales de 1927, le informa que Jacques Chevalier (hispanista y amigo de Unamuno) le ha encargado la traducción de la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Cuenta que también ha consultado con Jean Cassou y Valery Larbaud acerca de la traducción durante una visita a París. Después de comentar los planes para la traducción y futura publicación, Patart además le confiesa a Unamuno su gusto personal por algunos de sus sonetos de temática marítima («vos sonnets sur la mer»)⁷. Explicando que es originaria de la región costera de Bretaña, le expresa su deseo de traducir estos poemas también. Sin embargo, en la siguiente carta renuncia a su propuesta, al mismo tiempo que le explica a Unamuno que la traducción de *Vida de Don Quijote y Sancho* no avanza tanto como ella hubiera querido. La razón por el retraso se encuentra al final de la carta:

Au sujet des sonnets sur la mer, vous savez que je les aime beaucoup, mais je renonce a mon projet de les traduire parce que je craindrais de retarder ainsi le «Quijote». En effet je suis tres occupée par mes enfants, et un seul travail écrit est bien assez pour moi.

[Respecto a los sonetos de la mar, Ud. sabe que me gustan mucho, pero he renunciado a mi proyecto de traducirlos ya que me temo que así retrasaría el «Quijote». En verdad estoy muy ocupada con mis hijos, y un solo trabajo escrito ya es bastante para mí]. (CMU, 37/7).

En el caso de Patart, como el de muchas mujeres, la crianza de hijos pone límites al tiempo que puede dedicar al mundo de la escritura. Esta mujer baraja distintas labores de reproducción, una biológica y otra literaria, y tiene que sacrificar el trabajo gustoso de traducir los sonetos, la tarea en que, como amante del mar, encontraba más posibilidades de autoexpresión y tal vez una válvula de escape para sus propios instintos creativos. A pesar de la fe puesta en ella por Chevalier, Cassou y Larbaud, parece que Patart nunca terminó la traducción de la *Vida de Don Quijote y Sancho* tampoco.

2. CORRESPONDENCIA FRUCTUOSA: DOS TRADUCTORAS FRANCESAS

Otras dos traductoras francesas sí lograron publicar múltiples traducciones de Unamuno y además desarrollar amistades con él. Una de ellas fue Emma Clouard, esposa del crítico literario y también traductor Henri Clouard. En la primera carta conservada de ella, del 15 de marzo de 1934, Clouard se dirige a Unamuno para enviarle la primera entrega de su traducción del cuento «Una historia de amor», que se publicaba por esas fechas en la revista *Les Nouvelles littéraires*. En esta misiva también le agradece a Unamuno que le haya concedido permiso para traducir *San Manuel Bueno, mártir*, obra que finalmente publicaría en la *Revue Bleue politique et littéraire* a principios de 1936. En sus cartas, Clouard expresa repetidamente la admiración que sienten ella y su esposo por Unamuno. Ella firma la última carta incluida en el archivo, del 28 de marzo de 1936, «Fidèles pensées de nous deux» (CMU, 12/94). Después de la muerte de Unamuno, Clouard mantendría esta fidelidad a su obra, publicando traducciones de *Abel Sánchez* (*Mercure de France*, 1939) y del tratado sobre la «cocotología» incluido como apéndice a *Amor y pedagogía* (*La cocotologie: notes pour un traité*, Éditions Self, 1946).

Numerosas expresiones de fidelidad se encuentran también en las cartas remitidas a Unamuno por la hispanista francesa Mathilde Pomès. La amistad entre Pomès y Unamuno es sin duda la más larga y profunda de todas sus relaciones con traductoras. Se conocieron en 1920, cuando Pomès fue a Salamanca para visitar al escritor, y la amistad que nació en ese encuentro continuó hasta el final de la vida del maestro. Pomès también siguió recordando y traduciendo a Unamuno después de su muerte. Como relata Elisa Ruiz García, en los últimos años de su propia vida, la traductora nombró a Unamuno sin vacilar cuando se le preguntó quién había sido la persona que más había admirado en su vida (Ruiz García, 2016: 36).

Gracias al trabajo de investigadores como Ruiz García, se sabe que Pomès jugó un papel vital como representante y mediadora en Francia de la literatura que se producía en España a principios del siglo XX. Cuando fue a visitar a don Miguel en Salamanca a finales de 1920, Pomès ya era una pionera en el hispanismo francés, habiéndose destacado en 1916 al ser la primera mujer en conseguir el puesto de *Agrégée* en Lengua española en el sistema de instrucción pública en Francia. Llegó a ser, según el título con el que la bautizó Vicente Aleixandre, «Cónsul general de la Poesía española en Europa», publicando traducciones y estudios de la obra de Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset y varios de los poetas del grupo que Valery Larbaud presentó al público lector francés en 1924 como «La Jeune littérature espagnole» (Paepe, 2009). Aunque se conocen algunas las cartas que Unamuno le escribió a ella, las misivas que ella destinó al escritor español no se han publicado hasta la fecha.

En el archivo de la Casa-Museo Unamuno se conservan 12 envíos que dan cuenta de las actividades de Pomès como hispanista en Francia, así como su profundo aprecio por don Miguel. Las cartas intercambiadas entre los dos indican que la traducción, junto con numerosos artículos y conferencias, formó parte de un trabajo de mediación cultural que los dos entendieron como una vocación y

un deber. Junto a la primera carta de Pomès, de la primavera de 1922, ella incluye unas traducciones y comentarios sobre la obra de Unamuno que acababa de publicar en una revista. Al responder, el escritor le agradece a la francesa que contribuya, así, a su «misión»:

De las cuartillas que acompañan a su carta, ¿qué le voy a decir? Pero sí, se lo diré a corazón abierto y es que como yo tengo que cumplir una misión no solo en bien de mi patria, España, sino de los demás, todo lo que redunde en mi pro sirve a mi obra. Y se lo agradezco con toda el alma. (Campoamor, 1976: 63).

Este sentimiento se reitera en su siguiente carta a ella: «Quisiera tener, mi buena amiga, el ánimo más sereno para agradecerle debidamente -ya es hora!- lo que por mi obra y por mí ha hecho», dice, y luego afirma: «Uno se hace y se enriquece con lo que otros hacen de él» (64). En estas primeras cartas, Pomès continuamente intenta persuadir a don Miguel de que visite París. Incluso le advierte que ha comentado la idea con los escritores André Gide y Paul Valéry y que todos están ansiosos por verle. El 18 de junio de 1922, la joven hispanista le recuerda su «misión» al tratar de convencerle para que haga el viaje: «Apártese un poco de España para volver más a ella; [ya que] no sólo se debe a sus deberes patrios, sino también a sus deberes humanos» (CMU 38/94).

En aquel momento Unamuno no acudió a París, pero, como sabemos, las circunstancias de su destierro lo llevarían a la capital francesa unos años después. Pomès continuaría en su papel de mediadora y abogada de la obra de Unamuno durante su exilio, mientras ella misma ganaba prestigio y reconocimiento como escritora y académica en Francia. El 26 de julio de 1925 -el mismo año que se publica la versión francesa de *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, traducida conjuntamente por Pomès y Jean Cassou- Mathilde le escribe una carta a don Miguel para contarle de una «expedición oratoria» que acaba de hacer al pueblo de Cahors, en el suroeste del país. Enviada allí por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (entonces el escritor y amigo de Pomès Anatole de Monzie), ella había dado un discurso en la distribución de premios del Lycée de Cahors. Era la primera vez que una mujer desempeñaba este cargo, y varios periódicos tomaron nota del hecho. En su carta a Unamuno, Pomès escribe:

La prensa ha hecho de esa misión oficial una victoria feminista. Pero no fue eso; fue una victoria hispanista, pues el Ministro escogió adrede en mí, no a la amiga personal, sino a la fervorosa hispanizante, y fue por encargo de él que hablé de esa su tierra a la cual sabe Ud. el cariño que tengo, pero de la cual hubiera hablado con más amor aún si el más grande de sus hijos no tuviera que vivir en la mía.

En estas líneas se aprecia la dedicación de Pomès a su vocación mediadora como «hispanizante», así como su solidaridad con el escritor desterrado. Mientras va rompiendo barreras como mujer en el mundo de las letras, aprovecha sus logros para hablar de la cultura de España -país que ella, como Unamuno, es capaz de amar y criticar al mismo tiempo-.

Después de esta carta la comunicación entre los dos escritores se interrumpe. Se retoma el primer día de mayo de 1933, cuando Pomès vuelve a dirigirse a Unamuno. Empieza la carta asegurándole a su maestro: «Tan largo silencio de mi parte no es olvido». Pomès recuerda con cariño su paso por Salamanca hace ya tantos años, y anuncia el motivo de la presente carta: pedirle a Unamuno permiso para traducir el drama *El otro*. Unamuno le contesta rápidamente, escribiendo en una carta fechada el 4 de mayo:

El permiso lo tenía usted concedido, por la tácita, de antemano. Pero me alegro de su petición –con ella me ha hecho un gran favor– pues corría el riesgo de que se le anticipara otra persona cualquiera, una del *métier*, traductor o traductora de oficio, no más que *pro pane lucrando* y me pusiera en un brete. Pues me habría negado a su pedido en espera de uno de ustedes, de los míos, de los que conocen mi espíritu y el de mi España. Gracias a Dios que ha venido. De aquí mi alegría. Cassou, Bataillon, usted... unos pocos más son los que llamo míos. Y yo de ustedes. (Campoamor, 1976: 67).

Al reconocer a Pomès como una de «los suyos», la incluye como la única mujer en el grupo reducido de traductores a los que confía la reescritura de su obra en otras lenguas porque sabe que comparten una dedicación a su trabajo que va más allá de la necesidad de ganarse la vida.

Mientras Unamuno incluye a Pomès junto a Marcel Bataillon y Cassou entre los suyos en esta carta, el nombre de la hispanista francesa no figura entre los «Escritores franceses amigos de Unamuno» que Manuel García Blanco estudió en un artículo publicado en 1959. Esta ausencia se hace aún más llamativa cuando se considera que Pomès había continuado su labor como divulgadora de la obra y pensamiento de Unamuno en las décadas posteriores a la muerte del escritor. Poco después de recibir la noticia de su fallecimiento el último día de 1936, ella lo homenajeó ofreciendo una conferencia en París titulada «Adieu à Don Miguel de Unamuno». En los siguientes años publicó traducciones y selecciones de la poesía de Unamuno («Le Christ gisant de Palencia» en la *Revue des Poètes Catholiques*, 1937; la colección *Poèmes* en 1938; y *Le Christ de Velázquez: suivi d'un choix de poèmes* en 1938). Aunque no había incluido a Unamuno en su antología *Poètes espagnols d'aujourd'hui* (1934), dedicada más bien a los poetas de la joven literatura de los años 20 y 30 (más tarde conocida como la Generación del 27), Unamuno sí figura en su *Anthologie de la poésie espagnole* (Librairie Stock, 1957). Pomès además contribuyó con un bonito estudio sobre Unamuno y Paul Valéry al primer número de estos *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* en 1948.

3. DOS TRADUCTORAS ESTADOUNIDENSES

Las dos últimas traductoras de Unamuno que quiero comentar aquí nunca tuvieron la oportunidad de cartearse con don Miguel, ya que entraron en contacto con su obra después de su muerte. No obstante, ambas tuvieron un papel clave en el proceso de darlo a conocer y difundir su obra y pensamiento en Estados

Unidos a mediados del siglo XX. Se trata de Eleanor L. Turnbull, primera traductora de la poesía de Unamuno al inglés, y Margaret Rudd, autora de la primera biografía de Unamuno en cualquier idioma, *The Lone Heretic* (1963), que incluye varias traducciones hechas por la misma biógrafa. Ambas mujeres descubrieron la obra de Unamuno gracias a la mentoría de escritores españoles que lo habían conocido en vida: Pedro Salinas en el caso de Turnbull y Federico de Onís en el de Rudd. Las publicaciones de ambas contribuyeron a que se conociera la obra de Unamuno en Norteamérica. Pero esta valiosa y enriquecedora aportación cultural no evitó que la labor intelectual de estas mujeres a veces recibiera críticas de tono paternalista que la despreciaran o restaran importancia.

Hija de una familia prominente de Baltimore, Eleanor L. Turnbull descubrió su pasión por la lengua y la poesía españolas gracias a su contacto con Pedro Salinas, a quien conoció en 1937, cuando él leyó poemas suyos en una conferencia patrocinada por la familia Turnbull en la Johns Hopkins University. Ella ya tenía 62 años, pero se puso a estudiar la producción poética en castellano y pronto empezó a traducir la poesía de Salinas (Alonso, 1998: 683; Bell, 1972: 1). La trayectoria de sus traducciones de poesía española desde ese punto guarda algunas semejanzas con la de Mathilde Pomès, pues su producción abarca tanto la generación de Salinas como la obra de Unamuno. Como Pomès, Turnbull publicó dos antologías: primero, una colección de la poesía de los jóvenes (*Contemporary Spanish Poetry: Selections from Ten Poets*, Johns Hopkins Press, 1945) y después una que abarcó toda la tradición lírica en castellano (*Ten Centuries of Spanish Poetry*, Johns Hopkins, 1955) –un proyecto en el que colaboró con Salinas, aunque este falleció mientras estaba en preparación–.

Sin duda, fue mediante Salinas que la «señorita» Turnbull (Salinas siempre se refería a ella como «Miss», debido a su condición de soltera) conoció la obra de Unamuno. Los papeles de Salinas indican que en 1951, el último año de su vida, el poeta y profesor estaba preparando un curso sobre Unamuno, por lo que repasaba la obra de don Miguel. Sus apuntes reflejan un particular interés en el Unamuno poeta; incluyen comentarios de todas las colecciones de poemas que publicó y varios poemas aislados, no pocos de los cuales Turnbull luego vertería al inglés⁸. Ella publicó su traducción de *El Cristo de Velázquez* ese mismo año de 1951 y una selección de sus versos, *Poems*, el siguiente año. También reprodujo ocho poemas de Unamuno en la antología *Ten Centuries of Spanish Poetry*.

Las traducciones de Turnbull expandieron el conocimiento del Unamuno poeta en Estados Unidos y sus versiones sentaron las bases para traducciones posteriores. Alabada por Salinas, Dámaso Alonso y Leo Spitzer (profesor de filología romance en Johns Hopkins), esta mujer mayor y soltera («Miss» perpetua) también recibió críticas. Si históricamente la fidelidad de la traducción siempre se ha equiparado a la supuesta inconstancia de las mujeres (siguiendo la lógica de la conocida sentencia francesa sobre «les belles infidèles»), también el desprecio de la traducción se ha visto como justificado cuando la persona que traduce es una mujer. Es lo que ocurre en una reseña de *Ten Centuries of Spanish Poetry* publicada en 1956, donde un profesor norteamericano manifiesta su disgusto por la figura de la «señorita traductora»:

Eleanor Turnbull, a lady translator who has already damaged Unamuno and Salinas more than their poetry deserved, has turned her talents to less deserving targets. Nearly half the poems in the collection have been transmogrified by Miss Turnbull, the next largest number by the star to whom she is epigone, Henry W. Longfellow. Longfellow and Turnbull make every Spaniard sound alike, from Anonymous to Jiménez, and all like Longfellow who sounded like a lady translator to begin with. (Carrier, 1956: 307).

[Eleanor Turnbull, una señorita traductora que ya ha hecho más daño a Unamuno y a Salinas de lo que merecían sus versos, se ocupa ahora de víctimas menos merecedoras de su atención. Casi la mitad de los poemas en la antología los ha metamorfoseado Miss Turnbull; después de ella, el número más grande de traducciones son obra de la estrella a la que ella es epígono, Henry W. Longfellow. Longfellow y Turnbull hacen que todo español suene igual, desde un autor anónimo hasta Juan Ramón Jiménez, y todos como Longfellow, quien por su parte ya sonaba como una señorita traductora].

La «lady translator» aquí es una figura que destruye y distorsiona. No traduce, sino que metamorfosea, con una alquimia menos mágica que nociva. Su crimen más serio es parecerse a un poeta muerto del siglo XIX cuyo estilo peca de afeminado. La confusión misógina de infidelidad y feminidad en el discurso histórico sobre la traducción se hace patente en las palabras de este crítico.

Es probable que la misoginia también haya jugado un papel en la recepción (u olvido) de la biografía de Unamuno escrita por Margaret T. Rudd. Manuel Menchón ya ha ofrecido una semblanza de Rudd en el último número de estos *Cuadernos*. Hija de misioneros bautistas, vivió en varias partes de los Estados Unidos, Puerto Rico y México antes de unirse a la facultad de la Universidad de Richmond (Virginia) como profesora de español y francés en 1942. En algún momento entra en contacto con Federico de Onís, probable alentador de sus investigaciones sobre Unamuno. Este profesor y expatriado español (que había sido estudiante de don Miguel en Salamanca) habla de Rudd como discípula suya y «nieta» de Unamuno en el prólogo que escribe para *The Lone Heretic* (Menchón, 2021: 102-103). Al escribir su biografía, Rudd incluyó algunas de las traducciones de Turnbull, aunque, como ya indiqué, ella también hizo una labor traductora notable, vertiendo pasajes de prosa e incluso otros poemas enteros –sobre todo del *Cancionero* y *De Fuerteventura a París*– al inglés por primera vez⁹.

De manera semejante al caso de la antología de Turnbull, esta primera biografía de Unamuno, escrita por una mujer, también fue blanco de una crítica desdeñosa, aunque en este caso el sexismo no es tan explícito. Reseñando *The Lone Heretic* en 1964, un joven Stanley G. Payne la juzgó superficial, «de escaso valor para estudiantes serios de la historia española», «llena de sentimentalismo repetitivo» y plagada de «nimiedades irrelevantes» (Payne, 1964: 473). El historiador pone hincapié especialmente en el carácter sentimental y demasiado personal de la obra, una falta de subjetividad que les resta fiabilidad a las investigaciones de Rudd. La afirmación se hace eco de una larga tradición crítica en las letras españolas (y en Occidente) de insistir en la falta de seriedad en el trabajo intelectual de las mujeres, que Begoña Sáez Martínez ha señalado, por ejemplo, en las reseñas de Clarín (2008: 37).

Menchón ha demostrado, sin embargo, que la biografía de Rudd tiene mucho valor como documento histórico a día de hoy, cuando se ha vuelto a examinar el discurso oficial sobre las circunstancias de la muerte de Unamuno. Lo que él destaca no es el supuesto sentimentalismo de la obra, sino el hecho de que contiene comentarios y testimonios que no sufrieron una reelaboración propagandística en la España franquista. Entre las «nimiedades» incluidas en la biografía de Rudd se encuentra una descripción de una entrevista con Bartolomé Aragón, el falangista que estaba con el escritor en su casa de la calle de Bordadores cuando murió (Rudd, 1963: 311). Como señala Menchón, Rudd fue la primera persona que cuestionó el discurso oficial sobre la muerte de Unamuno –al menos en una publicación escrita– y lo pudo hacer en gran parte porque escribía en inglés, para un público extranjero (Menchón, 2021: 105).

En su prefacio a la biografía, Rudd dice que su propósito al escribir el libro había sido transmitirle la personalidad y las preocupaciones de Unamuno –lo que ella llamó su «esencia»– a un público que leía en inglés (1963: viii). A la cabecera del prefacio, ella reproduce una cita de Thomas Carlyle, autor escocés cuya obra el mismo Unamuno había traducido al español. Dice así la cita:

[W]hat work nobler than transplanting foreign thought into the barren domestic soil, except, indeed, planting thought of your own, which the fewest are privileged to do?

[Qué labor más noble que trasplantar el pensamiento extranjero en la yerma tierra doméstica –excepto, por supuesto, plantar el pensamiento propio, cosa que pocos tienen el privilegio de hacer– (viii)].

Estas palabras son, al mismo tiempo, una reivindicación de la traducción entendida en los términos más amplios –como mediación entre culturas– y también un homenaje a Unamuno como pensador. Son otra expresión más de la dedicación que impulsaba el trabajo de las varias traductoras estudiadas aquí, y una afirmación de la nobleza de esta labor menos visible pero crucial en el devenir de la cultura.

4. CONCLUSIÓN

Una de las últimas cartas que Unamuno recibió de una traductora es la de Maria Garelli Ferraroni, del 4 de noviembre de 1936. Como Anita Bartle en 1925, esta traductora italiana le había escrito a Unamuno pidiendo permiso para traducir *La tía Tula*. Acompañan la carta dos capítulos de la novela ya vertidos al italiano. Garelli nunca recibió una respuesta, aunque Unamuno había compuesto una el día 16 (Rabaté y Rabaté, 2009: 693). En la respuesta que él nunca envió, expresa algo de sorpresa, pues le extraña pensar en aquella novela de 1920 desde su situación actual. «Cuán otras preocupaciones me la inspiraron!», comenta (Azaola, 1996: 135). Sin embargo, le concede a Garelli el permiso solicitado, diciendo: «Y a ver si esa mi Tía Tula, cuando aparezca en italiano sirve para que ahí se aprecie mejor esta mi patria. Que nuestras tías Tulas no han podido evitar que el terrible

morbo a que me refería haya enloquecido y demenciado a mi España» (135-136). El comentario sugiere que Unamuno ve en la tía Tula una fuerza para el bien, una que se habría opuesto a la crueldad y la locura que la Guerra Civil había desatado en su país, aun cuando no las pudiera parar. La novela y su protagonista se convierten en embajadoras, representantes de España, y de Unamuno, en el extranjero. De diversas maneras, todas las traductoras comentadas aquí se parecen a la tía Tula, una mujer que vive y trabaja y busca realizarse como individuo en una sociedad de principios de siglo XX que pone límites a la esfera de su actividad e influencia. Y todas, las que pudieron terminar y publicar sus traducciones y las que no, sintieron algo de este encargo de difundir la obra de un escritor en Salamanca, llegando a ser comadronas de su imagen en sus lenguas y países.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, D. *Poesía y otros textos literarios*. Valentín García Yebra (ed.). Madrid: Gredos, 1998.
- AZAOLA, J. *Unamuno y sus guerras civiles*. Bilbao: Ediciones Laga, 1996.
- BELL, A. Pedro Salinas en América: su correspondencia con Eleanor Turnbull. *Ínsula*, 1972, 28(307), pp. 1, 12-13.
- CAMPOAMOR, F. (1976). Cuatro cartas de Unamuno a Mathilde Pomès. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 24, pp. 61-68.
- CARRIER, W. Review: Some Versions of Lorca. *Poetry*, 1956, 87(5), pp. 303-307.
- CASTAÑEDA, P. *Unamuno y las mujeres*. Madrid: Vision Libros, 2008.
- CHAMBERLAIN, L. Gender and the Metaphorics of Translation. *Signs*, 1988, 13(3), pp. 454-472.
- CLOUARD, E. (trad.). *Abel Sánchez: Une histoire de passion*. París: Mercure de France, 1939.
- CLOUARD, E. (trad.). *La cocotologie: notes pour un traité*. París: Éditions Self, 1946.
- FERNÁNDEZ, P. y ORTEGA, M.-L. (eds.). *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*. Madrid: CSIC, 2008.
- FIDALGO, M. y PAÍNO, A. *Bajo pluma de mujer: Un proyecto sobre la correspondencia femenina a Miguel de Unamuno y Jugo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2021. <https://bajoplumademujer.wixsite.com/bajoplumademujer>
- GARCÍA BLANCO, M. Cartas de Warner Fite a Miguel de Unamuno. *Revista Hispánica Moderna*, 1957, 23(1), pp. 66-82.
- GARCÍA BLANCO, M. Escritores franceses amigos de Unamuno. *Bulletin Hispanique*, 1959, 61(1), pp. 82-103.
- GUY, A. Unamuno y Cassou. *Revista de Hispanismo Filosófico*, 1997, 2, pp. 67-70.
- HARKEMA, L. Teaching the Multi-Faceted Unamuno in a Semester-Long, Undergraduate Course. En L. Álvarez Castro (ed.): *Approaches to Teaching the Works of Miguel de Unamuno*. Nueva York: Modern Language Association, 2020, pp. 42-48.
- HERRERO, J. Miguel Pizarro y la virginidad indestructible de María Zambrano. En M. Ezama et al. (coords.): *Aún aprendo. Estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012, pp. 698-798.
- KING, S. *Unamuno and Germany*. Tesis de doctorado. University of Washington. ProQuest Dissertations & Theses Global, 1990.
- LEFEVERE, A. *Translation, Rewriting, and the Manipulation of Literary Fame*. Londres y Nueva York: Routledge, 1992.
- MENCHÓN, M. La biógrafa hereje: Margaret Rudd y su investigación sobre Miguel de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2021, 49, pp. 99-107.

- ORRINGER, N. Martin Nozick's Unamuno: A Fountainhead of Future Discoveries. *Siglo XX = 20th Century*, 1986, 4(1-2), pp. 30-43.
- ORTEGA, J. Antonio García Solalinde. *Hispanic Review*, 1937, 5(4), pp. 350-352.
- PAEPE, C. de. Aquella intentona de Intentions. De *La Jeune littérature espagnole (Intentions, 1924)* a *Poesía española. Antología 1915-1931* (G. Diego, 1932). En E. DEHENNIN y C. DE PAEPE (eds.): *Principios modernos y creatividad expresiva en la poesía española contemporánea. Poemas y ensayos*. Amsterdam y New York: Rodopi, 2009, pp. 239-264.
- PAYNE, S. Review: *The Lone Heretic: A Biography of Miguel de Unamuno y Jugo* by Margaret T. Rudd. *The Journal of Modern History*, 1964, 36(4), pp. 472-473.
- POMÈS, M. (trad.). Le Christ gisant de Palencia. *Revue des Poètes Catholiques*, 1937, 1, pp. 41-46.
- POMÈS, M. (trad.). *Poèmes*. Bruxelles: Les Cahiers du Journal des Poètes, 1938a.
- POMÈS, M. (trad.). *Le Christ de Velasquez, suivi d'un choix de poèmes*. País: A. Magné, 1938b.
- POMÈS, M. Unamuno et Valéry. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1948, 1, pp. 57-70.
- POMÈS, M. y CASSOU, J. (trads.). *Trois nouvelles exemplaires et un prologue*. París: Kra, 1925.
- ROMERO LÓPEZ, D. *Traductoras en la Edad de Plata (1868-1939): Pautas, redes, affidamento y sororidad*. Manuscrito compartido con la autora, 2022.
- RUDD, M. *The Lone Heretic. A Biography of Miguel de Unamuno y Jugo*. Introducción por Federico de Onís. Austin: University of Texas Press, 1963.
- RUIZ GARCÍA, E. *Cartas a una mujer. Mathilde Pomès: 1886-1977*. Madrid: Biblioteca Nacional de España, 2016.
- SÁEZ MARTÍNEZ, B. Críticos, críticas y criticadas: El discurso crítico ante la mujer de letras. En P. FERNÁNDEZ y M.-L. ORTEGA (eds.): *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*. Madrid: CSIC, 2008, pp. 33-52.
- SIMON, S. *Gender in Translation: Cultural Identity and the Politics of Transmission*. Londres y Nueva York: Routledge, 1996.
- TURNBULL, E. (trad. y ed.). *Contemporary Spanish Poetry: Selections from Ten Poets*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1945.
- TURNBULL, E. (trad.). *The Christ of Velázquez*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1951.
- TURNBULL, E. (trad.). *Poems*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1952.
- TURNBULL, E. (trad. y ed.). *Ten Centuries of Spanish Poetry: An Anthology in English Verse with Original Texts From the XIth Century to the Generation of 1898*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1955.
- UNAMUNO, M. de. Cartas de Unamuno a Warner Fite, traductor de *Niebla*. *Revista Hispánica Moderna*, 1956, 22(1), pp. 87-92.
- UNAMUNO, M. de. *La tía Tula*. Carlos A. Longhurst (ed.). Madrid: Cátedra, 2006.

NOTAS

¹ Se puede acceder al documental y a la exposición en línea: <https://bajoplumademujer.wixsite.com/bajoplumademujer>

² En su estudio *Gender in Translation*, Sherry Simon se refiere a esta situación como una «herencia de doble inferioridad»: «Históricamente, los traductores y las mujeres han sido las figuras más débiles en sus respectivas jerarquías: los traductores son sirvientes de los autores; las mujeres, inferiores a los hombres» (1996: 1). Sobre la «sexualización de la traducción», véase también CHAMBERLAIN, 1988. Todas las traducciones en este artículo son mías.

³ Se trata de una carta de Ruzanna de Romaña, exalumna de la Universidad de California aparentemente residente en Shanghái cuando le escribe a Unamuno en 1934 para pedirle permiso para traducir algunas obras suyas al ruso y al inglés (CMU, 47/29).

⁴ Sobre la relación entre Oniciu y Pizarro Zambrano, amigo de Federico García Lorca y primo de María Zambrano, con quien había tenido una relación romántica antes de conocer a Gratiana, véase Herrero, 2012.

⁵ Se publicaron las cartas de Unamuno a Fite (UNAMUNO, 1956) y luego las de Fite a Unamuno (GARCÍA BLANCO, 1957) en la *Revista Hispánica Moderna*.

⁶ Efectivamente, la traducción de Manz se difundió por la radio en 1930 en Leipzig y también se escuchó en Múnich (KING, 1990: 147, n. 66).

⁷ Se refiere a unos sonetos aparecidos en *De Fuerteventura a París*, concretamente los poemas LI y LII.

⁸ Estos papeles se conservan en la Houghton Library de Harvard University. Sobre los apuntes para

el seminario dedicado a Unamuno, véase HARKEMA, 2020: 43-44.

⁹ En una nota en la página 6 se advierte al lector que, salvo indicaciones al contrario, todas las traducciones son obra de la autora (RUDD, 1963: 6 n.).

RESUMEN: Este artículo analiza el papel de las mujeres en la traducción y difusión de la obra de Unamuno en el plano internacional durante la vida del autor y en las primeras décadas después de su muerte. Parte del *corpus* de las cartas de traductoras conservadas en el archivo de Unamuno y estudia varios casos representativos, divididos en tres grupos. Primero se comentan los desencuentros: cartas que Unamuno nunca contesta, contactos que se pierden y traducciones que nunca llegan a publicarse. Luego se destaca a dos traductoras francesas –Emma Clouard y Mathilde Pomès– que lograron publicar traducciones de la obra de Unamuno, además de desarrollar relaciones de amistad con el traducido. Por último, se considera el papel que desempeñaron dos norteamericanas –Eleanor L. Turnbull y Margaret T. Rudd– en la difusión de la obra e imagen de Unamuno en los Estados Unidos después de la muerte del escritor.

Palabras clave: traducción; traductoras; género; correspondencia; mediación cultural.

ABSTRACT: This article analyzes the role of women in the translation and international dissemination of Unamuno's work during the writer's life and in the first decades following his death. Taking the corpus of letters from female translators conserved in the Unamuno archive as its starting point, it discusses several representative cases among them, divided into three groups. It first comments on missed opportunities: letters that go unanswered, contacts that are lost, and translations that are never published. The article then highlights two French translators, Emma Clouard and Mathilde Pomès, who each published several translations of Unamuno's work in addition to developing friendships with him. Finally, it considers the role of two North American women, Eleanor L. Turnbull and Margaret T. Rudd, in the mediation of Unamuno's work and image in the United States after his death.

Key words: translation; female translators; gender; correspondence; cultural mediation.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu2022505772>